

PETER EUBEN: *Platonic Noise*, Princeton University Press, Princeton, 2003. 210 páginas.

En su libro más reciente, Peter Euben continúa su menester de relacionar obras clásicas con problemas presentes en la teoría política contemporánea. El tema general de esta labor es por lo tanto: cómo nos pueden ayudar los antiguos griegos a pensar —y, lo que resulta más importante, a *repensar*— cuestiones políticas de la actualidad.

Euben no sigue, empero, los derroteros más frecuentados por la teoría política en las últimas décadas. Para este autor, no se trata de rescatar unas determinadas tradiciones filosóficas que pudieran servir como panacea en una sociedad moderna o postmoderna, supuestamente confusa y sin norte (ya sea esta confusión política, epistemológica, ética, etc.). El libro no se caracteriza generalmente por nostalgias de comunidades dispersadas, *filias* naturales perdidas o saberes olvidados, aunque supuestamente rescatables a través de una adecuada interpretación y aplicación de una determinada serie de obras clásicas. El planteamiento de Euben pretende, por el contrario, situarse a una distancia teórica desde la cual inquietar sobre la civilización y el pensamiento griego a través del presente, enfatizando tanto su *posible* como *imposible* relación con la actualidad. Al hacer problemática esta relación, el autor evita caer en un simple *presentismo* y puede contemplar múltiples vínculos, rupturas, anacronismos y legados presentes (o ausentes) en el pensamiento político estudiado.

Los puntos de partida son variados respecto a disciplinas académicas, géneros literarios y épocas históricas. Parte del título proviene de una novela de Don Delillo, que se refiere a un ruido de fondo o susurro no percibido por las personas expuestas a él. El *ruido platónico* representa, por ejemplo, la rutinización de la vida pública, el flujo sin cesar de datos

imposibles de asimilar y la falta de reflexión política más allá de esquemas interpretativos preestablecidos.

Existen aspectos interesantes que surgen como consecuencia de los encuentros entre, por ejemplo, Sócrates y Philip Roth, pero la relación entre *paideia* griega y ficción contemporánea no constituye un tema central de esta obra, a pesar de las numerosas referencias y citas en este sentido. Tal nexa debe ser interpretado en este contexto como un medio del que hace uso el autor para ampliar las perspectivas sobre el pasado, el presente y el futuro de la teoría política.

Euben adopta una postura —ya vislumbrada en libros suyos anteriores— en los debates sobre la naturaleza y la historia de la teoría política: pretender ignorar o partir de cero respecto a unas obras y autores que han sido objeto de innumerables interpretaciones a lo largo de 2500 años, resulta igual de ingenuo que defender la idea de un acceso sin fisuras a un canon immaculado, el cual nos dotaría de respuestas definitivas a cuestiones políticas atemporales. Queramos o no, con asiduidad manejamos —o nos vemos atrapados por— conceptos introducidos por los clásicos, lo cual desde luego no quiere decir que el significado de las cuestiones planteadas por ellos nos sea dado, sino todo lo contrario. La función que Euben asigna a los estudios helénicos debe mucho, como es explicitado en el libro, al enfoque genealógico de Nietzsche y a su pensamiento *inoportuno* en este campo. Este último pensador no era precisamente benévolo con los estudios helénicos tradicionales. Desde esta perspectiva, una de las tareas más importantes para la teoría política es reinterpretar el sentido mutable de conceptos e ideas *aparentemente* heredados.

Los géneros clásicos dentro de los que se mueven los estudios de Euben supo-

nen frecuentemente expandir el marco en donde tiende a situarse la antigüedad griega en la ciencia política contemporánea. La reflexión de este libro no parte únicamente de autores clásicos tradicionalmente consagrados, entre otras cosas, como fundadores del pensamiento occidental, sino que amplía el *corpus* de textos mostrando, por ejemplo, cómo el drama griego puede constituir una aportación importante para la teoría política. Euben utiliza las tragedias de Sófocles para, entre otras cuestiones, ilustrar la inherente, pero desplazada, contingencia del poder político en las sociedades modernas. La obra de Aristófanes constituye el punto de partida para un capítulo sobre la función crítica y distanciadora de la comedia antigua en la *polis* y su existente, pero débil, vínculo con algunos fenómenos televisivos surgidos en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo xx.

El autor es consciente de que tal comparación cultural transhistórica puede resultar muy dudosa y anacrónica, por lo cual no la utiliza para afirmar una u otra posición en estériles debates sobre cánones y anti-cánones (o neo-cánones) culturales, tan en boga en EE.UU durante la última década. Euben trata, más bien, de rescatar unas dimensiones críticas de la mejor comedia antigua e inquirir sobre cómo ésta podría enriquecer la *práctica* de la teoría política en el *presente*. Argumenta que ese género dramático nos posibilita pensar problemas relacionados con la autocomplacencia de las instituciones públicas, tradiciones culturales, identidades políticas y opiniones públicas. Esta autocomplacencia es el resultado de una falta de perspectivas reflexivas, disidentes e irrespetuosas, que podrían ser aportadas por la comedia. Euben no sostiene que el contexto histórico de la democracia ateniense sea transferible a la actualidad, ni que la comedia antigua realmente desempeñara una función política tan decisiva en la

*polis*, pero afirma que las cuestiones planteadas por muchos de los autores clásicos pueden ser *recontextualizadas* y *actualizadas* a través de la teoría política.

La forma de exponer vínculos indirectos —y escasamente contemplados por la ciencia política— entre textos clásicos y pensadores contemporáneos supone una labor importante en el libro. El capítulo sobre Sófocles y Hannah Arendt es uno de los casos más relevantes en este sentido. La presencia del pensamiento griego en la obra de Arendt ha sido explícita y extensivamente tratada, pero Euben no se centra en las referencias helénicas más evidentes en los planteamientos de esta autora, sino que parte de *Edipo en Colono* de Sófocles. A través de esta tragedia, que no ha constituido mayor objeto de reflexión en la obra de Arendt, Euben pretende iluminar otros aspectos centrales de su pensamiento, como son la narrativa, la tensión entre palabra y acción, el juicio y la noción de un espacio público como escenario para ser visto por otros. Además indica un *dramatismo* general presente en la obra de esta pensadora. Muchos de los paralelismos señalados entre Arendt y Sófocles son fructíferos y enriquecen la interpretación de ambos.

En esta última y en otras disquisiciones sobre los textos griegos, el autor nos da muestras de una erudición considerable y, quizás por ello, algunas veces se pierde en detalles de carácter filológico que en sí resultan interesantes, pero que no siempre hacen avanzar en su hilo argumental.

Uno de los capítulos más relevantes del libro versa sobre las formas de concebir la transformación fundamental de los entes políticos tanto en la Grecia clásica como en este principio de siglo. Introduce analogías entre fenómenos relacionados con el estado moderno y la globalización, por una parte, y el declive de la *polis* griega y la noción estoica de *cosmópolis*, por otra. Con ello pretende

señalar los retos a los que se enfrenta la teoría política en un mundo de espacios públicos cuyas delimitaciones tradicionales están puestas en movimiento. Euben comienza exponiendo los cambios que supusieron, para las diversas nociones de lo político, la crisis de la *polis* griega y el inicio del período helenístico, para posteriormente enlazar estas transformaciones con ideas sobre la *cosmópolis* en los estoicos clásicos y en autores contemporáneos como Martha Nussbaum, Ri-

chard Falk, William Connolly y Saskia Sassen.

Independientemente de qué postura se adopte ante las conclusiones de Euben acerca del destino de la democracia, en lo que denomina la *polis paralela*, este capítulo es uno de los más sugerentes del libro, porque convierte conceptos antiguos en herramientas novedosas para enfrentar nuevos problemas políticos.

BJÖRN HAMMAR